

eternidad. Esta observacion me ha hecho escribirte este pequeño tratado, cuyo objeto es: *mostrarte los motivos que tienes para obrar segun tu último fin; en qué consiste, y los medios que debes adoptar, para que de hecho obres conforme á él.* Mas para enseñarte primero en la práctica que en la teoría, voy á consagrar este mi pequeño trabajo, *A la mayor honra y gloria de Dios, de la Purísima é Inmaculada Concepcion de Santa María Virgen, y de N. S. P. Vicente de Paul, ya que esto es lo que el Señor quiere de mi insuficiencia.*

EL AUTOR.

## CAPITULO I.

COMO NADA DE LA TIERRA ES NUESTRO FIN.

1. *Súplica del santo rey David.* Hubo un tiempo en que el pueblo de Israel se habia completamente corrompido, en que el Profeta ya no era reverenciado como el vidente del Señor, ni los ancianos se portaban con la gravedad y mesura que debia esperarse de sus canas: tiempo de mucha lástima, ora porque abandonaba todo el grueso de la nacion al Dios de sus padres; ora porque cada casa se convertia en un adoratorio de los falsos ídolos; ora porque los lugares altos eran la piedra donde habian de tropezar aun los fieles israelitas; y ora, en suma, porque una conducta no menos criminal que descarada, era la que adoptaban aquellos mismos que dirigian los negocios del pueblo. Sobresaltado David de lo mismo que estaba viendo, animado por la fé de los Profetas y con la esperanza de los Patriarcas, dijo á su Dios con la súplica mas ferviente: *Señor, hazme conocer mi fin.* Como si dijera: Señor mio, estoy escandalizado de lo que veo; parece que tu pueblo escogido, ya no es el pueblo tuyo; no permitas que yo me separe ni un ápice de la senda que me has trazado; y visítame de modo, que yo conozca mi fin. Tal fué la súplica del mas piadoso de los monarcas, el santo rey David: y tal es la súplica del sacerdote de Jesucristo viendo el porte de los cristianos: y súplica que brota de un corazon altamente afligido. En efecto: ¿quién no se llena de pena y angustia al considerar la moral práctica de los pueblos católicos? La falta de instruccion religiosa reina por todas partes: así como se vé á los niños envueltos en la mas crasa ignorancia, y á las jóvenes en una desenvoltura peligrosísima, y á la juventud corriendo presurosa el camino del libertinaje, y á los mismos casados olvidándose de la santidad de su estado. ¡O mi Salvador! ¿y esta es la viña que nos ha tocado cultivar en nuestros malhadados dias? Tan corrompido se halla el mundo, y tan desmoralizadas todas sus clases, que aun aquellas almas que se conservan en fuerza



de un auxilio superior, temerosas de ser arrastradas por la violencia de portes tan innobles, acuden sin cesar á la gracia divina, pidiendo que les haga conocer su último fin; y con las palabras del Profeta exclaman: *Señor, hazme conocer mi fin.* ¡Qué estado tan lastimoso el estado actual del mundo! El hombre, ese rey de la creación, y este escogido de su Señor y digno objeto de sus miradas; ese hombre digo, es el que rastreando su corazón por el suelo, se separa completamente de los altos intereses de la patria celestial. Y ¿por qué todo esto? No lo dudes, lector carísimo: es porque solo piensa en negocios materiales, y en negocios del cuerpo; relegando casi completamente los importantísimos negocios del espíritu y de su salvación. Y si no: ¿qué conducta nos presenta? ¡Ah! si socorridos de una gracia poderosa lo consideramos, veremos que vive totalmente ocupado en inútiles trabajos, en fatigas infructuosas, en pensamientos vanos y aun en ciegos discursos, porque no obra conforme al fin por el cual Dios lo hubo criado. De lo cual se sigue, que en cada paso se separa mas y mas del cielo, y se precipita hácia el fondo de los infiernos; y que despues de una vida trabajosa y dura, nada tendrá para la eterna gloria: *tal es el resultado de hacerlo todo por el tiempo y nada por la eternidad; todo para la presente vida y nada para la vida futura; y todo para el cuerpo y nada para el alma.*

2. *Nada de la tierra es nuestro fin.* Ojalá, lector carísimo, que tanto tú como yo, nos convenciéramos practicamente que nada de la tierra es nuestro fin! ¡Ojalá que de una vez para siempre y de un modo práctico confesáramos que ni la tierra, ni los mares, ni los cielos, ni las personas, ni criatura alguna criada pueden servir para nuestro último fin! Preguntemos si no á la tierra toda, á las grandes y magníficas ciudades, á los jardines, á los valles y á los montes; á las aves, á los peces y á los animales; á la plata al oro, á la mas rica pedería y á todos los metales; preguntémosles digo ¿si estas criaturas son el fin del hombre? Y todas nos responderán que no; porque el hombre es superior á todas ellas.

Pregunta, lector carísimo, al mar y á sus islas; al sol, á la luna y á las estrellas ¿si son acaso tu último fin? Y todas te responderán que no son mas que criaturas, que pueden conducirte al conocimiento del Criador; pero criaturas inferiores á tí, porque tú las superas á todas ellas, como al grano de arena el universo mundo. Vuélvete á tí mismo y pregunta á tus ojos y á tus oídos ¿si tienen noticia de tu último fin? Ellos podrán responderte que han visto la mayor parte de la tierra y de los mares; que han visto ciudades de primer orden, soberbios palacios, los mas vistosos jardines, los minerales de mas precio, y el conjunto de la mayor riqueza; pero que nada han visto de lo que pertenece á tu último fin: solo han visto cosas del tiempo, pero nada han visto de lo eterno. Los oídos te responderán que no ha llegado á su noticia lo que pertenece á tu último fin; porque ellos pueden afirmar que han oído su fama, y que saben que no consiste en palabras lisonjeras, en canciones agradables y en perniciosas adulaciones; y que ellos no tienen otra cosa. Sentidos todos ¡contadme todo cuanto habeis visto y oído, por ver si de este modo barrunto algo de mi último fin! En vano te fatigarás, lector carísimo *porque todo cuanto hay en la tierra y debajo del sol, no es otra cosa que vanidad de vanidades y aflixion de espíritu, y todo es por tanto lo mas opuesto al último fin, que tuvo Dios al criar al hombre.* En vano te fatigas; porque en el mundo podrás ver hermosuras que amar, corazones que querer, riquezas que desear, placeres que disfrutar, deseos que henchir; pero deseos, placeres, riquezas, corazones y hermosuras que no son otra cosa que *vanidad de vanidades y aflixion de espíritu:* tan lejos están estas cosas de ser el último fin del hombre! En vano te fatigas, porque no hallarás otra cosa que encanto de los ojos, armonía del oído, ilusion de los corazones, prejuicios del entendimiento y hechizos de la voluntad: *y todo esto dista infinito del último fin del hombre.* Pues qué ¿no me crees? ¡mi Dios! ¡y en qué estado viven no pocos hombres? ¡Ah! esto me obliga á suplicarte que nos des la posesion de tu gracia, para que



conozcamos de hecho nuestro último fin. Ellos creen que está en la tierra; y por esto forman sus ocupaciones principales las cosas terrenas, se entretienen en negocios innumerables, procuran el engrandecimiento material, tratan cuanto puede halagar el cuerpo, se entregan á todas las delicias de la carne, y acaban haciendo á su vientre el complemento de su último fin. ¡Miserables! sí, sois sumamente miserables, porque en nada de esto encontrareis vuestro último fin. Preguntad si no á los Romanos Pontífices, á los Cardenales y á los Obispos ¡si han hallado en sus dignidades su último fin? *y las mitras, los capelos y las tiaras responden que todo esto se acaba, y por tanto que no son ni pueden ser el último fin del hombre;* que son medios para llegar á él, pero medios en gran manera peligrosos, y completamente bañados de amargura y de una responsabilidad inmedible. Pregunta á los Príncipes, Reyes y Emperadores si en su estado sublime han encontrado su último fin; *y las bandas, cruces, cetros, insignias y coronas atestiguan que no pueden ser el fin del hombre;* y por esto hemos visto á unos suspirar por la quietud y vida pacífica, á otros por el silencio y seguridad, y casi á todos quejarse sentidamente abrumados de su peso: ¡tan lejos está la tierra de ser el fin del hombre! ¡Ah! roguemos á Dios con el fervor del Salmista que nos haga conocer nuestro último fin.

3. *No se encuentra en la satisfacción de las pasiones.* Yo quiero convencerte también, que nuestro último fin jamás será encontrado en la satisfacción de las pasiones. Porque ¿qué es lo que se experimenta aun en el goce mas completo de todo lo que ama el mundo? Preciso es convenir que aun los mas adelantados en el amor de lo mundano, siempre del bullicio mismo de los desórdenes, siempre oyen aquel natural instinto que les avisa, aquel interior consejero que les hace oír su palabra, y aquel remordimiento que les despierta del letargo de la culpa: *gusano roedor que les dice de un modo el mas claro, que no puede hallarse en las cosas del mundo la posesion del último fin.* Por otra parte el temor de la muerte que se presenta; el

recuerdo del pecado que sobresalta; la idea del juicio que aterroriza, la consideracion del infierno que horripila de espanto, la vergüenza pudorosa que nos cubre tan pronto como se mancha la estola de la inocencia, y una inquietud bien marcada aun en medio de los mayores goces, es á no dudarlo una voz bien sonora, que nos predica que nada de la tierra es nuestro último fin. Concluyamos, pues, que cuanto hay en el mundo es solo vanidad; y que está tan lejos de ser nuestro último fin, cuanto está distante el cielo de la tierra. Las cosas del mundo solo son medios para que logremos nuestro fin; por esto no vivimos para alcanzar el empleo que estamos queriendo, ni para subir al puesto que idolatramos, ni para entregarnos á la satisfacción de lo que es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida; ya que únicamente hemos sido criados para salvarnos. Sin los bienes del mundo, aun los mas precisos y necesarios, podemos salvarnos y ser eternamente felices; mientras que hayamos logrado la posesion de nuestro último fin: al contrario, sin éste, es decir, sin la vida eterna, seremos eternamente desgraciados. Un pobre desnudo, abandonado y puesto en un muladar, como el santo Job, nada le faltará eternamente, si por fortuna suya logra la posesion de su último fin; y podemos afirmar que será siempre un objeto agradable á los ojos de Dios, y será feliz por eternidad de eternidades; y no le harán ninguna falta ni las ciencias, ni los bienes, ni el no haber hecho su nombre famoso sobre la tierra. Por el contrario un rico muy feliz en todos sus negocios, que la fortuna le hubiese brindado bienes sin cuento, que hubiera logrado la posesion de las mayores riquezas, y que aplaudido famosamente, su nombre fuese celebrado sobre la tierra; este rico, afirmo, será el hombre mas infeliz y desventurado, si por su desgracia no llega á alcanzar su último fin. ¿Por qué todo esto? *Porque el hombre solo puede ser feliz en el tiempo y en la eternidad amando y sirviendo á Dios.* Mas ¡oh desgracia asombrosa! ¡oh dolor inconcebible! Vemos en nuestro siglo de materialidad é indiferencia, de ti-



nieblas y completa oscuridad para todo lo bueno, y de luces y brillantes resplandores para todo lo malo; vemos, digo, al hombre y á la muger, no amando á la Bondad Divina como debieran; sino entregándose á la vanidad: atroz conducta que arrancó un sensible quejido al Profeta Rey cuando les decia: *¿Por qué amas la vanidad y buscáis el error?* Condenable porte, que invierte el orden establecido por el Señor! *¿Modo de obrar indignísimo que obligó al Apóstol á arrojar un terrible anatema contra los que no amaban á Jesus!* *¿O hombre que no viviendo segun tu fin no amas á Dios, dime ¿qué es lo que amas?* *¿Amas la riqueza?* Pues debes saber que todas tus talegas de dinero se te convertirán en espinas, las cuales en la hora de la muerte ensangrentarán mortalmente tu adolorido corazón. *¿Amas la nobleza?* Pues esta sangre que apellidas noble, y que pones tus glorias en afirmar que corre por tus venas, has de saber que siempre es corrupcion, y frecuentemente es crimen. *¿Amas á la hermosura?* Pues este conjunto de lineamentos que constituyen lo hermoso, no son otra cosa que vanidad. *¿No quieres creer lo que te digo?* Abre para tu instruccion esos sepulcros que contienen las riquezas, y la grandeza y aun la mayor hermosura y *¿qué se ha hecho?* Todo ha desaparecido; todo se ha tornado polvo, y la blancura y la delicadeza de la carne es ahora pasto de gusanos. Mas no tenemos necesidad de ir tan lejos, porque en el centro de nosotros mismos encontramos lo necesario para nuestro convencimiento; ya que hemos observado que setenta años de tiempo vuelve en esqueletos vivientes y llenos de arrugas y asquerosidad aun á los cuerpos mas hermosos, y que poco antes se llevaban la atencion de todo el mundo. *¿Qué es esto, lector carísimo?* *¿Qué engaño tan manifesto en el que viven no pocos hombres y mugeres!* *¿Y quién sabe si nosotros somos de este número desgraciado?* Todas las criaturas nos enseñan á buscar únicamente nuestro último fin; y por esto vemos á los peces amar á las aguas, porque ellas son su fin; á las aves buscar con ansia el aire, porque él constituye su fin; á las bestias apacentar gusto-

sas por los campos, porque ellos forman su fin; á la piedra y á todo cuerpo precipitarse hácia su centro porque éste constituye su fin. Solo tú ¡oh hombre! tú solo criado para andar entre las llamas del divino amor como el ave en el aire, tú solo eres el que en lugar de amar y servir á tu Criador que es tu fin, amas y sirves á las criaturas, á miserables criaturas que en fuerza de tu ser tienes debajo tus pies. *¿Asombraos, oh cielos, dice Dios, despedazaos puertas eternas; porque el hombre, solo el hombre es el que no obra conforme su último fin!* *Y hombre en favor del cual yo mismo descendí del cielo, y por él sufrí todos los padecimientos de mi pasion y muerte: y este hombre es, el que habiéndome dejado á mí que soy su Criador, ha puesto su fin en las hechuras de mis manos que son las criaturas.*

4. *Ejemplo de Alejandro Magno.* Para convencerle, lector carísimo, que nada de la tierra es el último fin, para el cual Dios te criara, voy á presentarte un hombre cuyas riquezas han sido infinitas, que gozó todos los placeres deseables; que ha llegado á la cumbre del honor y del poderío, y que tenia cuanto desearse puede. Hablo de Alejandro Magno, que habiendo salido con felicidad de todos los negocios, únicamente descuidó el negocio de su eterna salvacion. Y qué le aprovechó haber entrado en la posesion de todo el mundo, habiendo perdido su alma? Qué le aprovechó haber conquistado todos los reinos si perdió su alma? Mira que es Alejandro á quien la posteridad engrandeció con el título de Magno; mira que es el señor de los príncipes, el domador de los reyes y el conquistador del universo; míralo en la hora de la muerte haciendo reyes con la reparticion de lo que poseia, y pregúntale: qué le aprovecha todo, habiendo perdido su alma? Todo desaparece; divide su reino, y exhala su último suspiro. . . . sí, aquel su orgullo, fué envuelto con una mortaja la mas vil; su cuerpo fué dado en pasto á asquerosos gusanos; y su alma? Su alma! Ay qué horror! qué espanto y qué confusion! Dónde está su alma, y dónde estará por toda la eternidad? Está en los infier-



nos, y allí estará por los siglos de los siglos. Lo has oído? Estás persuadido de lo que es la tierra? Convéncete de una vez, que ni toda la tierra, ni las riquezas, ni los honores, ni los empleos, ni las artes, ni la ciencia, ni ninguna otra cosa criada, puede ser el fin del hombre; son sí medios que bien aprovechados, nos conducirán á la gloria. Pero ay de aquel que abusa de ellos! Ay de aquel que invierte el órden establecido por Dios! Su pérdida eterna es tan irremediable, como es sensible la propia existencia. Oh cristiano lector, reflexiona sobre tu fin, y verás que es tan alto y sublime y excelente, que es el mismo fin que tiene Dios. Siendo esto así, ¿por qué vemos que la tierra con sus riquezas, la tierra con sus tesoros, la tierra con sus deleites, y la tierra con todos sus encantos, aparta de su último fin á una gran parte de los hombres? Al menos, lector, sal de esta maldita tierra de pecado; abandona todas las máximas del mundo, vela y ora porque no entres en tentación; deja á un lado todas las prácticas mundanales, frecuenta los santos sacramentos, observa la ley de Dios, no quebrantes los mandamientos de la Iglesia, doma bien tus apetitos, y te aseguro que con esta conducta llegarás á la posesion de tu último fin.

CAPITULO II.

EN QUE CONSISTE NUESTRO ULTIMO FIN.

5. *Diversidad de opiniones acerca el último fin.* Sin determinar algun fin hácia el cual dirija el hombre todas sus miradas, pasa á ser la criatura mas imperfecta; porque todas aun las mas innobles tienen su último fin: de ahí la necesidad de atribuirle un fin último para el cual Dios lo haya criado. Y al modo que en lo humano el labrador se aplica á sus fatigas con el fin de recoger una abundante cosecha; y el comerciante emprende las compras, para sacar de su venta la ganancia, y el jornalero cumple su tarea por recibir de su amo el diario convenido; y los estudiosos consagran sus desvelos y fatigas pa-

ra adquirir la ciencia; y las niñas que van á la amiga se ejercitan en sus labores para poderlas desempeñar, á la escritura para que no sean ignorantes, y á la buena educacion para que vivan cristianamente; así de un modo semejante debe el hombre en lo divino, desempeñar sus quehaceres para llegar á la posesion de su último fin. En efecto, este es uno de los deberes tan apremiantes, que el mismo catecismo nos lo enseñó al decirnos: *Que el hombre está obligado primeramente y ante todas cosas á buscar el último fin para que fué criado.* Esta verdad la han profesado todos los antiguos, y basta para abrazarla la sola luz de la razon; aunque no basta ella sola para determinar el último fin. Por esto unos lo han puesto en la adquisicion del mayor número de ciencias posible, de suerte que cuanto uno es mas sabio, tanto se acerca mas al último fin; otros la colocaron en las riquezas, y segun ellos el que es mas rico, está mas cerca del último fin; estos la hicieron consistir en ser honrado de los hombres, y en gran manera apreciado y distinguido; y aquellos en el goce de los placeres de la carne. Y por decirlo en una palabra, tan solo recordaré, que los gentiles contaron mas de trescientas opiniones, en las cuales determinaba cada una á su modo, el último fin para que Dios criara al hombre. ¡O Salvador, y cuán densas son las tinieblas que reinan en la mente humana! Con razon se ha dicho, que separándose de los resplandores de la fé, todo se torna en lo mas oscuro y aun en la misma negrura. ¡Cuántas gracias no hemos de dar á nuestro buen Dios por haber nacido en el seno de la iglesia católica.

6. *Qué se entiende por último fin.* No tratamos, lector carísimo, de presentarte un fin, sino de darte á conocer en cuanto nos sea dable, lo que se entiende por último fin. El labrador en arar la tierra tiene su fin; en sembrarla tiene su fin, en regarla tiene su fin, en segar y limpiar el trigo tiene su fin; así como lo tiene tambien en llevarlo á sus trojes; pero es evidente que entre tantos fines, no se encuentra el último fin que se propuso. Porque él ara la tierra con el fin de sembrarla; la siembra con el fin



de regarla, la riega con el fin de que crezca el trigo y á su tiempo segararlo y limpiarlo, y lo limpia con el fin de encerrarlo en su granero. Pues en medio de todos estos fines hay ademas el fin último, que es servirse de sus semillas ora para mantenerse ó hacerse rico, ora para pagar sus deudas ó dar limosnas. Pues de esto se trata, lector carísimo, de averiguar el último fin, es decir, *aquel fin que por el mismo hecho de ser el último no puede dirigirse á ningun otro fin; ni ha de servir de medio para alcanzar alguna otra cosa; sino que en el mismo ha de parar, como cada cuerpo para en su propio centro.* En el último fin, allí es donde se detiene el entendimiento; allí descansa el corazón; allí se sosiega la voluntad; allí se satisfacen todos los deseos y allí se quitan todas las ansias. ¡O dichosos los hombres, que en sus oficios y ocupaciones nunca pierden de vista su último fin! Dichosas las mugeres que en el cumplimiento de sus quehaceres, siempre estan fijas en su último fin! Dichosas las niñas que conservan la pureza de su estado virginal, movidas por los atractivos de su último fin! Y dichosa, por último, la juventud que vuela presurosa, por el recto sendero de su último fin! *¡Oh! sí; mil veces dichosos porque allí reposa el alma en la plenitud de todo bien; allí se vive sin que falte cosa alguna; allí se goza la tranquilidad con una suma quietud; allí no puede conocerse ni la menor turbacion; allí el descanso es tan seguro como infinito; allí nada fatiga y todo es reanimacion; y allí en fin el gozo es perenne, la dicha inmedible, y toda satisfaccion es sumamente infinita.* En esto, pues, consiste el último fin; porque ni es ni puede ser medio para alcanzar otro fin, y porque el que descansa en él todo le sobra; y el que de él carece le falta todo.

7. *En qué consiste nuestro último fin.* Ahora sí, lector carísimo, que voy á pedirte toda la atencion de que eres capaz, supuesto que se trata de explicarte un poco, el modo de cumplir tu obligacion primera, ó lo que es lo mismo, *de saber en qué consiste tu último fin.* ¡Para qué fin te sacó Dios de la nada sin tener de tu parte ningun

mérito? ¡Para qué fin te dotó de razon habiendo podido criarte insensible como una piedra é irracional á la manera de los brutos animales? ¡Para qué fin te dió una alma cuya nobleza de tal suerte compite con lo nobilísimo que tan solo te hizo un poco inferior á los ángeles? ¡Para qué fin te condecoró con un espíritu cuyo vigor es de tal manera inmedible que ha quedado como capaz de contar los eternos años del Señor? ¡Para qué fin te dió este entendimiento que traspasa en un instante la tierra, los cielos y todo el universo mundo? ¡Para qué fin te dió esta voluntad que agradece con amor; y quiere y ama aun aquello mismo que Dios ama y quiere? ¡Y para qué fin te enriqueció con una memoria, cuyos recuerdos son de cien años y aun de cien y cien siglos? ¡Eres hombre! y como tal eres capaz de penetrar lo mas escondido de las entrañas de la tierra, y de medir lo mas alto de los cielos. ¡Eres hombre! y de consiguiente, ora te abrazas con el amor á lo hermoso; ora lo bello y apacible forma el objeto de tus complacencias; ora intentas recorrer el inmenso tesoro de todas las noticias; ora anhelas vivamente los discursos y las memorias de los sabios; y ora, en fin, recorres y en un momento, la carrera de todos los siglos. ¿Pues cuál será tu fin, lector carísimo? ¡Tu último fin cuál será? ¡Eres hombre! y eres la imagen de Dios; y eres de Dios su semejanza: ¡tienes una alma! alma nobilísima por sus acciones, prodigiosísima en sus potencias, admirabilísima en su capacidad. Y esta alma ¿tendria por fin vivir en la cárcel de nuestro cuerpo? ¿ó alimentarla como si fuera un trozo de carne? ¿Cuál es tu fin, cristiano lector? ¡Para qué fin te ha criado Dios? Discurre ahora sobre tu cuerpo, y lo hallarás superior á todo otro cuerpo; tu rostro tan semejante á la cara de los demas animales, indica hasta qué punto eres tú el nobilísimo: tu frente, esa frente tan sin segunda, ostenta claramente que es la sede del conocimiento; tus ojos, esos ojos que miran al cielo y que centellean destellos de la Divinidad, te proclaman el único entre las criaturas, y tu boca con el don de la palabra certifica, que la naturaleza



humana está destinada á vestir á la divinidad. Y ese cuerpo ¿no tendria otro fin, que el cuerpo de un bruto animal? Lejos de nosotros tan monstruoso pensamiento. Pues ¿para qué fin te ha criado Dios? ¿Para qué fin te está conservando la vida hace tantos años? ¿Para qué fin te puso en el seno de la iglesia católica, te hizo cristiano, te dió unos padres piadosos, te prodigó unos maestros católicos, te enriqueció con los sacramentos de la iglesia, te confirió la gracia, este ser sobrenatural que nos hace hijos de Dios y herederos de su gloria, y te entregó toda suerte de beneficios? ¿Cuál es, pues, tu fin, lector carísimo? ¿Pero último en cuya posesion se sosiegue toda inquietud, se sacie todo deseo y se descanse completamente? ¡O Salvador! haznos la gracia de que conozcamos en la práctica el último fin por el cual Dios nos ha criado.

8. *Continúa el mismo asunto.* En este número voy á demostrarte que Dios no nos ha criado para ser, ó para gozar de las criaturas; sino para amar y servir á nuestro Criador en este mundo y verlo y gozarlo despues en la patria celestial. En efecto, Dios te ha criado no solo para que fueses, sí que tambien por algo mas; porque todas las criaturas recibieron de su Criador el beneficio de la existencia; y el hombre como superior á todas ellas ha de tener un fin mas sublime. ¿Te ha criado Dios para que únicamente crecieses y sintieras? Imposible que esto sea tu fin, porque lo tienen todas las plantas y tú superas á todas ellas, como el universo al solo grano de arena. ¿Te ha criado Dios tan solo para que vivieras? Imposible; porque la facultad de vivir la tienen todos los brutos, y tú los superas de tal modo, que solo eres un poco inferior á los ángeles. ¿Cuál es, pues, tu fin, lector carísimo? ¿Es conservar la hermosura de tu cuerpo, y atender á su aliño de modo que lo presentes en un todo lo mas bello posible? ¡Desgraciados los que así lo creen! y mas desgraciados todavia los que obran conforme esta creencia! porque las flores de nuestros jardines les hacen mil ventajitas; ya que sin fatiga ni cuidado campean hermosas por

do quiera, y lucen ademas galanas con los atractivos de cien y cien matices; y porque al modo que la flor se marchita apenas cortada, así la hermosura del hombre es el juguete de la enfermedad y del tiempo; luego la conservacion de la hermosura no puede ser el fin del hombre. ¿Te ha criado Dios para que soltando la rienda á las pasiones mas vergonzosas, busques en el torpe amor tu último fin? ¡O Salvador! ¡y qué locura tan manifesta! Esto seria asemejarse á los brutos animales; seria obrar por pasion y no por conocimiento; seria obrar por instinto y no por voluntad. No, ni en la satisfaccion de las pasiones, ni en los paseos mas agradables, ni en las diversiones mas lisonjeras, ni en las visitas mas amistosas se encuentra la calma que acompañar debe al que anda segun su último fin; ni mucho menos aquella tranquilidad de espíritu que segun la expresion del Apostol supera á todo sentido. Al contrario, las congojas repetidas, las inquietudes que estravian, los zelos que arrebatan y las amarguras mas que de absintio que se hallan infiltradas en los gustos de la carne, en los placeres del apetito, en las vergonzosas inmodestias y en los tratamientos no castos, predicán evidentemente que no puede hallarse en ellas nuestro último fin. ¡Cómo! ¡el fin de nuestra alma tan noble y limpia y eterna seria una cosa tan momentánea, tan sucia y tan vil? Cuenta la historia que cierto jóven, despues de haber oido un sermon sobre el fin del hombre, quedó tan convencido que todo cuanto hay en el mundo y sus vanidades, y en la carne y sus concupiscencias no pueden llevar el último fin para el cual el hombre ha sido criado, que determinó dejar el mundo y consagrarse á Dios en alguna congregacion. Estando en estos pensamientos, fué convidado por sus compañeros para que asistiera á ciertas diversiones, que se habian preparado con el fin de holgarse. El jóven creyó conveniente admitir; pero luego comenzó á experimentar un tedio tan violento, que todo comenzó á fastidiarle. Sus amigos pasaban de una á otra diversion; y semejante á los mundanos exteriormente se alegraban. Pero nuestro jóven se veia sumergido en un



fastidio tan fuerte y violento, que no podía menos que acordarse de su sermón, abandonar mas y mas todo lo que huele á mundo, y darse completamente á Dios. Este sentimiento tanto creció en su corazón, que poco á poco se fué exteriorizando, y comenzó á preguntar á sus compañeros: *¿Pero cuándo nos holgamos?* ¡Feliz jóven! porque comenzó á apreciar las cosas en su justo valor; fué una instruccion muy provechosa para sus amigos, y abrazado con los rigores de la disciplina monástica, murió santamente en el ¡Ah lector carísimo! Todos, todos podemos aun en nuestros dias hacernos esta pregunta; hasta los mismos Principes y reyes y Emperadores; y aun los mismos Obispos y Cardenales y Papas. *Porque desengañémonos que siempre será verdad, que los placeres del mundo, los gustos de la carne, y los deleites no castos, envuelven el corazón en temores, en sustos, en achaques y en cuidados tales, que lo que parecia triaca se convierte en veneno el mas activo: tambien puede asegurarse que un breve placer, produce siempre muy malos ratos de la amargura mas atroz.* O si odiáramos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma y con todas nuestras fuerzas todo aquello que huele á impureza! O si con toda nuestra memoria, entendimiento y voluntad aspiráramos siempre hacia nuestro último fin! ¿Te ha criado Dios para que poseyeras las riquezas? O Salvador! Nada es mas vano que las riquezas ¿y como han de ser ellas el nobilísimo fin del hombre? Poseer riquezas es como si se dijera; reunir muchas talegas, procurarse posesiones las mas acaudaladas, ser servido por un tren de criados el mas lisonjero, vertir un lujo que se extienda á todo el valor de la palabra, y admitir un mueblaje y aparato de nobles y aun de Principes y Reyes. *Ah! nada mas contrario al último fin que todo lo referido.* Porque ¿cuantas mortificaciones para alcanzarlo? Ya logrado ¿cuantos solícitos cuidados para mantenerlo? ¿Cuántos sustos y cuantas ansias para que en vez de perderlo se aumente? ¿Cuántas espinas las que clavan en el corazón en vez de gozarlo, y aun en el mismo momento que parece daa

gusto? Y despues de todo, y aunque nada fuera de esto, preciso es convenir que viene un aire, llega un dolor, se presenta la muerte y todo desaparece. Que aprovechan pues las riquezas para la otra vida? De nada, absolutamente de nada: como de hecho nada aprovecharon á cierto rico que fue reuniendo muchos pellejos de dinero, porque estaba falsamente engañado que habiendo reunido cierto número de ellos, ya no habia de morir. Mas he ahí que hallandose en este amargo trance, viendo que apesar de sus cuantiosas riquezas aumentaban por momentos sus angustias y agonias mortales, arrojó una horrible blasfemia, y con esta preparacion salió el desventurado de esta vida. Dios Nuestro Señor te habia criado para ser honrado en este mundo? Es imposible, porque la honra y gloria mundana son muy pocos los que la alcanzan: y aun los pocos que la gozan, tienen que sufrir el contrapeso de muchos cuidados insoportables, y gran número de visitas impertinentes. Y una subida tan peligrosa como es la que conduce á ser honrado, y que desparece muchas veces en el instante mismo en que comenzaba á vislumbrarse su posesion; ¿en esta mísera honra repito, debía estar nuestro último fin? Asi sucedió á cierta jóven que falsamente alucinada por algunas dotes de la naturaleza, salió orgullosa de la casa de sus padres, y al modo que caen las hojas de una flor que se marchita, asi cayó la infeliz de la virtud que la distinguia; y á la manera que las hojas ya sueltas de la flor se precipitan á su centro; asi la desgraciada, separada ya de la flor paterna se precipió al centro de una vida la mas miserable: y como las hojas que siembran la tierra son pisoteadas de los pasajeros; asi lo fué la virtud mas privilegiada de esta niña infeliz: *tan cierto es que no consiste nuestro fin en ser honrado de los hombres.* Pues en que consiste nuestro fin; es decir, nuestro fin primario y nuestro fin último? Nótao lector carísimo que hemos demostrado que no consiste en cosa alguna criada, porque nuestro ser supera á todos los seres que viven bajo la capa del sol; y por tanto que no puede hallarse en la hermosura, ni en



los vestidos elegantes. ni en las opíparas comidas, ni en la diversidad de los juegos, ni en la armonía de los cánticos, ni en los azares de la guerra, ni el regocijo de las victorias, ni en las vistas inmodestas, ni en deseos no castos, ni mucho menos en las obras de la carne, ni en ninguna otra cosa criada. Pues en que consiste nuestro último fin? Esto acabaremos de explicarlo en el capítulo siguiente; por ahora pide perdón á Dios de haber seguido una conducta harto culpable, viviendo de modo, que en las obras has demostrado, *que consistía tu último fin en la satisfacción de las pasiones que te dominan.* Miserable de tí! Cuantas veces así lo has hecho? Oh si en adelante siguieras del todo á Jesucristo! Miralo con atención y afecto, y no solo lo verás siguiendo el camino que debe conducirte á tu último fin, sino que también siendo para todos el propio camino. Miralo pues; y lo verás nacer en un establo y con la mayor incomodidad, cubierto con unos pobres pañales, y derramando su sangre en la Circuncisión: *tan cierto es que no consiste tu último fin en las riquezas, en la abundancia y en el regalo.* Miralo siempre humilde, obediente y mortificado: *tan cierto es que no consiste en la soberbia, en el goze de la libertad, ni en el vivir entre delicias.* Miralo predicando á las turbas, haciendo todo el bien, sanando á los enfermos, arrojando á los demonios y resucitando á los muertos; y con esto se te enseña *que no puedes alcanzar tu último fin, sin amar al próximo como á tí mismo.* Miralo por último en los tormentos de su pasión y muerte; y conocerás *que el camino que conduce al último fin, es aquel admirable en el cual se mata al amor propio.* Ah Salvador! Y cuán pocos son los hombres que viven en un todo, conforme las reglas de su último fin! Hazme la gracia Salvador mio; *que al menos desde este momento, solo desee, piense, hable, y obre lo que me conduzca á mi último fin, que no es otro que amar y servir á Dios en esta vida para verlo y gozarlo en la gloria.*

CAPITULO III.

NUESTRO ULTIMO FIN ES AMAR Y SERVIR A DIOS EN  
ESTA VIDA.

9. *El hombre es criado para amar á Dios.* Pocas verdades hay tan claras aun á los ojos de la razón, como la que nos asegura, *que el hombre es criado para amar á Dios.* En efecto, siendo el hombre obra del amor, conservado por amor, redimido por amor y recibiendo del amor la aplicación abundantísima de toda la redención; siendo el hombre efecto del amor de las criaturas; y su cabeza todo amor, y sus ojos centelleando llamas de ardentísimo amor, y sus oídos oyendo afectuosamente lo que destila amor, y la boca pronunciando las máximas que mas expresan el amor; y el corazón por último, siendo la sede del amor; y el que ama naturalmente como que el amor es su propio alimento: y habiendo demostrado que estos raudales de amor no pueden dirigirse á criatura alguna, *es evidente que han de tener por objeto al Criador.* Sí, por esto es criado el hombre, para amar á su Criador, del mismo modo que todas las criaturas son criadas para el hombre. Ah! quien anduviera tan fervoroso y tan devoto como aquel anciano, que le parecia que todas las criaturas le decían: *O mortal venturoso! ama á Dios, y ámalo no solo por tí, sino que también por nosotras mismas; y ámalo con todo tu corazón y con todas tus fuerzas.* He ahí lector carísimo tu fin, y tu último fin. Que dicha puede compararse con esta dicha? Que felicidad puede parangonarse con esta felicidad? O cuan bueno es Dios! Y cuan digno de ser amado! Me hace todo por el amor; me dá una pasión veheméntísima que encierra el mayor amor: hace que de hecho no encuentre mi placer sino en el amor: y él mismo se hace para mí el objeto de todo mi amor. O cuan bueno es Dios! Y cuan digno de ser amado! Es tan cierto que el hombre solo ha sido criado para amar á Dios que la iglesia nuestra madre ha puesto en boca de todos los neófitos y de los niños cristianos: *Que*